

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Temores*, poesía, por don Eusebio Blasco.—*La Indiana*, por el Vizconde de San Javier.—*La sombra de Ida*, (conclusion), por Leon Gozlan.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Modas*, por Pamela.—*Las espigas de trigo*, por Schmid.

Con este número se reparten los retratos de *Eva y Juana d' Arc* y el pliego sétimo del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXIII.

MÉLIDA Á LA CONDESA.

Urrea, mayo de 18...

Algunos dias he pasado sin escribirte, muy contra mi gusto, querida mamá; la última carta tuya está aun sin respuesta; pero tú me perdonarás cuando te diga que he estado disponiendo mi viaje para la ciudad, y además yendo y viniendo con Juan y con madre Catalina, para arreglar *nuestro nido*, como dice mi marido.

Padre ha querido ver tambien la casa, y dar su parecer; ha regañado un poco diciendo que es pequeña como una jaula, y que la cocina es muy miserable: el buen anciano, acostumbrado á su gran casa de la aldea, halla pobre y mezquina la que hemos alquilado aquí, y que verdaderamente es un *nido* y nada mas.

Hoy es el dia de la partida; madre Catalina y padre Matias vienen con nosotros á instalarnos en nuestra nueva vivienda, y Camilo viene tambien: propósito de Camilo, nos hemos detenido algunos dias mas, porque él ha

llegado; pero viendo que prolonga su estancia—muy á gusto de todos—y conociendo que Juan Bautista desea ir á la ciudad, nos hemos decidido á marchar.

A la verdad, algunas veces me admiro de que los padres de Bautista consientan en que nos vayamos cuando el curso va á cerrarse; apenas le quedan ya dos meses ya para asistir al aula: pero él parece desear tanto la libertad de poderse volver á entregar á sus estudios, que todo se ha olvidado ante el gusto de complacerle.

Y ahora, mi buena y querida mamá, es preciso que te hable de tus sospechas y de las de Clara, acerca de la pretendida pasion de Camilo por nuestra amiga Honoria y que te repita lo que le dije á ella: Camilo no ama á esa mujer buena, sencilla y piadosa; los he visto de cerca: los he observado... no! solo le profesa la tierna amistad de un hermano: el templado cariño de un afectuoso protector.

Y sin embargo, madre mia, yo estoy cierta de que alguna pasion domina en el corazon de Camilo y le distrae del afecto que debe á mi hermana: ¡yo estoy segura de que él ama... pero no á Honoria!

Este convencimiento es para mí muy triste: porque Camilo no es uno de esos hombres que nacen con la cabeza vacía, y que se entregan á la galantería por pasatiempo. Camilo es incapaz de mentir, ni aun en broma: si ama, lo dice: pero no finjirá jamás una pasion. Comoquiera

que sea, Honoria viene á la ciudad con nosotros: á nuestro lado pasará algunos dias, y Clara verá, no lo dudo, disiparse sus sospechas.

¿No puede ser lo que su marido siente una tristeza pasajera, un ataque nervioso de esos que algunas veces alteran la parte moral por muy bella que sea? Creo, madre mia, que Clara debe tener paciencia y esperanza: creo que eso puede ser una enfermedad moral, de esas que solo cura Dios, contra las cuales nada pueden todos los remedios de la tierra, y que no dejan mas consuelos que la paciencia y la dulzura.

Esta casa está ahora muy llena de gentes para el estado de mi ánimo: Santiago y María traen de continuo, con su alegre y bellicioso carácter, jóvenes parejas que disponen bailes, y que hacen mucho ruido: Camilo parece divertirse con este movimiento sencillo y campestre, con estas conversaciones rústicas, con esta algazara; pero á Bautista y á mí, sobre todo, nos sucede lo contrario; yo estoy muy triste, madre mia, pensando en las penas de mi hermana, y en las que deben atormentarte á tí; quisiera estar á vuestro lado; y sin embargo, no me atrevo ni aun á insinuarlo á mi esposo, que no me diría que no, pero que tampoco quedaria gustoso solo en la ciudad.

No sé qué vaga inquietud me atormenta y ocupa mi espíritu tan sereno siempre, tan alegre, tan lleno de plácida calma!

Me olvidaba de decirte que ha llegado Valentina para pasar algunos dias en el castillo; pero tú debes saberlo; pues ella se habrá despedido de Clara y de tí.

Yo no he ido á verla; D.^a Casilda me dijo, hace tres dias, que la habia visto pasearse sola en el bosquecillo que hay á espaldas de la fuente, á la entrada de la aldea; María estaba conmigo, y, al oirlo, se puso colorada, y dijo á media voz:

—Yo ya sabia que habia venido.

—Y quién te lo dijo? le pregunté.

—Ella me lo escribió.

—Por qué lo has tenido tan callado?

—Me encargaba que nada dijera, y como sé su genio, no quise incomodarla.

Al oir estas palabras, me puse á temblar. ¿A qué habrá venido aquí esta mujer fatal? ¿Qué designio la trae? ¿Qué quiere? casi estoy contenta de alejarme de los sitios que ella habita.

Espero disfrutar en mi casita de tranquili-

dad y de sosiego: y espero tambien, mamá, que tu y Clara vendreis á verme en ella, y á embellecerla con vuestra presencia: quizá allí, pueda mi hermana recobrar la felicidad y la salud.

Tengo interés en ver lo que hace Camilo ahora, y en saber quien es el objeto de ese amor desconocido: la verdad es, que detrás de la alegría que finge, hay en él un fondo de inmensa melancolía; su tristeza es verdadera: su alegría es la falsa; sus miradas, sus sonrisas, todo expresa un desaliento mortal: está delgado, pálido, desconocido! Pobre Camilo!

Pero en fin, yo me alejo de estos dolores y de estas alegrías, que me asustan igualmente: no sé qué de frio y rígido envuelve mi vida y me desalienta: deseo cambiar de objetos, y hallarme sola con Honoria y con mi marido, para darme cuenta de mí misma.

Allí, en aquella casita alegre y llena de sol; en aquella casita silenciosa como un nido, y animada por los cantos de un jilguero y de un canario; en la soledad de mi amor y de mi amistad, se descorrerá el denso y tupido velo que la pena misteriosa de Camilo ha echado sobre mi existencia, antes tan libre y tan feliz, tan serena y tan bella.

MÉLIDA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

TEMORES.

Ven, y mi secreto escucha;
Con amor estoy en lucha,
En maltratarme se aferra,
Y esto me dá mucha guerra,
No lo dudes; mucha, mucha!

Entre el temor y el deseo,
Y la esperanza y la duda,
Que triunfa mi dicha creo.
Pero á tu sombra se escuda,
Y la veo, y no la veo.

Sentir el fuego de amor,
Su dulce imperio sentir,
Sufrir secreto dolor

Y no poderlo decir...
 ¿Se vió tormento mayor?

En tu presencia muriendo,
 Palabras estoy pensando
 Que de mis lábios saliendo
 El aire pueblen, contando
 Lo que me está sucediendo.

La prueba quieren hacer,
 Pero temen darte agravios,
 Y así suele suceder
 Que se asoman á mis lábios...
 Y se vuelven á esconder.

¡Valor, ánimo y denuedo!
 Grita una voz á mi oído
 Y casi á su acento cedo:
 Yo te hablara decidido,
 Pero tengo tanto miedo...!

Amor, que en dulce embeleso
 Y en vivos deseos arde
 Y es capaz de algun esceso,
 Es un niño muy travieso,
 Pero tambien muy cobarde.

Ningun poder sobrehumano
 En sus intentos le arredra,
 Y mas de una vez, ufano,
 Se vé que tira la piedra,
 Pero que esconde la mano.

Por última vez, escucha:
 Ayúdame en esta lucha
 Que amor el paso me cierra,
 Y esto me dá mucha guerra;
 Pero mucha, mucha, mucha!

Eusebio Blasco.

LA INDIANA.

Hoy vamos, lindas lectoras del ANGEL DEL HOGAR, á hablaros de un objeto que, sin ser sobrado frívolo, no por eso deja de ser interesante; á contaros la historia de la indiana, his-

toria que no es la de una niña nacida en las orillas del Ganges, ni de una jóven americana, sino la relacion de los infortunios, de las prosperidades, de los reveses y las persecuciones de que á la vez ha sido víctima esa fina tela, ese simple tejido, que, con el nombre de *indiana*, se ha esparcido en la actualidad por las cinco partes del mundo.

La indiana nació en la India, como lo indica su nombre, porque hacé siglos, tal vez millares de años, que los indios tejen el algodón, cuya blanquísima pelusilla cubre sus fértiles campos; pero su industria ha ido mas lejos. Sobre esta tela trazan dibujos con los brillantes é inalterables colores que les suministran los vegetales del Indostan, y, ya en la edad media, los pueblos marítimos, aunque en corta cantidad, trasportaban á Europa como preciosa mercancía esos tejidos de colores. Lo mismo sucede desde que los ingleses se apoderaron en el siglo anterior de la India, pues desde luego importaron á la Gran Bretaña, entre otras cosas nuevas, los chales y las telas pintadas ó indianas.

En tanto que los suntuosos chales penetraban en corto número en la morada de los ricos, mas modesta la indiana pasó al dominio de la clase media, y si bien á causa de su rareza y su precio elevado apareció al principio como un objeto de lujo, no por esto se dignaron las personas opulentas llamarla para adornarse con ella y embellecer sus aposentos.

Pasando el estrecho de Calais, la indiana apareció en Francia, modesta, sencilla y elegante, y á poco penetró en España, siendo perfectamente acogida en un país donde ni la lana ni la seda podían disputarle la primacía. Sin embargo, nuestros gobiernos, que no eran muy fuertes en economía política, fulminaron anatemas contra la pobre espatriada, y como al mismo tiempo imponían trabas á casi todo el comercio, y la industria fabril se arrastraba raquítica y miserable por el camino de la miseria y el abandono, la indiana fué adquiriendo boga, y penetró en lo interior de las casas y aun de los palacios.

En aquellos tiempos de aflicción, no faltaron almas caritativas que se atrevieron á tomar á su cargo la defensa de la indiana. ¿Por qué la tratais con tanto rigor? decían á los gobernantes; la indiana es buena, de fácil composicion y no aspira á destruir la lana ni la seda, con las cuales puede vivir en buena compañía. Puesto que gusta á las señoras, dejadla circun-

lar, y si es dañosa, si desagrada, no tardará mucho en ser olvidada.

Sin embargo, el gobierno continuaba en su sistema de proscripcion, y la indiana, á pesar de los decretos fulminados contra ella, sentó el pié en España como no podia menos de suceder. Como las damas la tomaron bajo su proteccion y todo el bello sexo se conjuraba contra los gobiernos y las aduanas; como el fisco no podia escluirla, se hizo ciego, y este es el dia, amables lectoras, en que la indiana, coqueta y linda como siempre, se pasea por España, montada primero en los briosos caballos de los contrabandistas, y cubriendo despues las gallardas formas de las españolas.

El Vizconde de San Javier.

LA SOMBRA DE IDÁ.

POR LEON GOZLAN.

(Conclusion.)

Despues de los esponsales, cuando llegó el tiempo de pensar en los trajes destinados á figurar en la gran ceremonia, no hubo indicacion ni pregunta alguna sobre el que yo llevaria, por la sencilla razon de que no seria invitada. El terciopelo, el raso, el moaré, la seda, la muselina, las perlas, las flores, las plumas pasaron ante mi vista burlándose de mí. Ninguna modista se detuvo al pasar por mi lado para tomarme medida de una prenda: segundo y mas extraño desaire.

Se me preguntará si me sentí humillada, si formé proyectos de venganza. En seguida se sabrá lo que resolví. Se necesitaba empero, para llevar á cabo la resolucion que adopté, mucha precaucion y una discrecion inviolable.

Mi silencio, silencio aparente, fué considerado como resignacion, y viéndome resignada, nadie se ocupó de mi posicion en medio de aquel fuego artificial de alegría en el que se engastaba cada dia una pieza esperando la espléndida explosion general.

Mas mis hermanas irian á esa boda: ellas participarian de todas las fiestas del dia y de la noche, de todos los placeres milagrosos que habian de preceder, acompañar y seguir la union

de mi prima con el conde de Merendieres. Esta conducta de mis padres, respecto de mí, os probará que ellos eran los primeros que no consideraban los cambios favorables de mi carácter mas que como promesas, como auspicios de un porvenir mejor. Nada más.

El dia tan esperado llegó: el matrimonio de mi prima iba á ser bendecido en la iglesia de la Magdalena por la mañana.

¡Qué movimiento en la casa! Aquí los sombreros, que siempre llegan tarde, en sus cajas de carton: allí los adornos. ¿Oís pasos precipitados? Son los de mis hermanas que llaman á la camarera, que no acierta á contestar, no pudiendo ser bastante á tantas exigencias á la vez. ¿Qué es ese ruido en el patio? Son los carruajes de gala. Se van..... ya se fueron..... y yo me quedo.

Asi que todos se marcharon, empecé á dar saltos en el parque. No quiero ahora mostrarme tal como soy, lo que quiero es que sepais lo que hice.

Yo iria á un baile conmigo misma.

Llegó la noche y me adorné desde luego: en mis cabellos, bastante hermosos, gracias á Dios, puse flores. perlas, espi gas de oro: me encontré encantadora.

Y cuando estuve adornada, adornada á las mil maravillas, os juro que habia puesto á fin de estudiar, de imitar, los atavios proyectados para mis hermanas, el génio que emplea un prisionero para descubrir el medio de herir sin ruido el muro de piedra de su calabozo: me vestí un traje de sifide, mi talle era el de una hada. Calcé zapatos mas pequeños, mas finos que los de mis hermanas. Luego, así ataviada, adornada, magnífica, bajé al salon, en el que tuve necesidad, para emprender mi obra, de encender todas las bugías.

Este salon, uno de los mas lujosos de San Honoré, estaba rodeado de espejos: espejos oblongos sobre las chimeneas; espejos á ojivas, en los marcos de las puertas; espejos en las paredes del fondo. Se creia una trasportada á la gruta trasparente de un acuario en medio de la repeticion ardiente de todas aquellas bugias en el fondo de innumerables espejos que parecian estallar, no pudiendo sufrir tanto resplandor.

El baile empezó.

Tomándome graciosamente por la mano, yo me invité, me coloqué, y con esa alegría tan poco contenida de la juventud, me puse á bailar. Preguntareis con qué música. La música estaba

en mí: yo danzaba al son de mi voz que ocupaba el lugar de la orquesta. Bien pronto la embriaguez de que yo era la copa y el licor, me atolondró, me envolvió con su vértigo, me arrastró, y todos los espejos reprodujeron mi persona quinientas ó seiscientas veces. Compuse un baile para mí sola. Aquella locura ficticia y turbulenta que no estaba mas que en mí, me dominó impetuosa como si fuera una loca real que valsara; hasta perder el aliento, al compás irresistible de la música de Strauss. Mi sonrisa reproducida á mi derecha, á mi izquierda, en el fondo, en todas partes, vió mil y mil sonrisas: mi mirada vió mil y mil miradas; mis gracias se habian convertido en miles de gracias: pero esta multiplicacion aumentaba en la misma proporcion mi fatiga. Cuando vino el día, porque bailé hasta el amanecer, caí rendida, exánime, muerta de cansancio, sobre la alfombra, en donde permanecí victoriosa, pero inanimada.

Fuí sacada de aquel letargo por el ruido de las carcajadas de mis hermanas que volvian del verdadero baile. Abrí los ojos en medio de su burlona admiracion.

—Estás muy elegante, Ida! me dijeron.

—Mas que vosotras quizá, les respondí levantándome y presentando ante su vista, en todo su resplandor y su rica variedad, el traje que yo llevaba.

—¿Qué significa?, me preguntó mi madre asustada de verme con un traje cuyo origen ignoraba. De donde tienes tú, quien te ha dado ese vestido, esos adornos, ese calzado de baile?

—¿Quién? mi sombra.

—Su sombra! exclamaron mis hermanas y mi padre, presente tambien á tan estraña escena.

Flandern solamente pareció penetrar el sentido oscuro de mi respuesta.

—¡Tu sombra! repitió mi madre.

—Sí, mi sombra.

Mi madre me creyó loca, loca sin duda alguna, por no haberme llevado al baile.

A fin de serenarla, porque me tenia en sus brazos y clavaba su mirada inquieta llena de espanto en mis ojos; para tranquilizarla, le conté entonces,—y mi padre y mis hermanas me escuchaban—las lecciones que mi sombra me habia dado sucesivamente; supo por mi boca, que, espantada de mi fealdad moral, por mi fealdad física, me habia modificado hasta el punto de ser dulce para con los demas, difícil para conmigo: estudiosa hasta el extremo de haber adelantado en algunos meses en mis estudios

todo el tiempo perdido: laboriosa hasta el punto de haberme confeccionado un traje de baile, y haber sabido crear los cien accesorios del gracioso tocado cuyo origen acababa de saber.

La verdad habia hablado por mi conviccion.

Se me creyó, se me admiró; mejor todavia, se me amó.

Fuí estrechada en los brazos afectuosos de la familia. Todos los corazones latian.

El viejo Flandern rompió el silencio para decir á mi padre:

—Ya veis, señor, que la sombra es alguna cosa.

—Tu quieres decir, replicó mi padre, que la conciencia es alguna cosa.

—Señor, repuso Flandern, todo lo que avisa es la conciencia: la imagen de vuestra hija en el muro era la sombra agitada de su conciencia: su sombra la avisó, la amenazó: su sombra la ha corregido; su sombra, finalmente, la ha salvado. Bien podeis llamar á esa sombra la conciencia.

(Traducción).

Jerónimo Lafuente.



REVISTA DE LA SEMANA.

¡Que no llueva!—La festividad del Corpus.—Toledo.—Los Campos Eliseos.—Buena música y buena mesa.—¡Infeliz! —La zarzuela en París.—Otra caída.—El pan de los presos.—A paseo.

El cielo está triste; la naturaleza padece *spleen* hace algunos días, y, como generalmente sucede, el mal humor de las nubes lo pagamos nosotros, pobres mortales que no podemos comprender los misterios del corazón de la tierra. Porque esas lágrimas que nos mojan el sombrero y el *chaqué*, son producidas por causas tan distantes de la comprension del hombre, que bien puede asegurarse que tienen su origen, allá, en el quinto cielo.

Sea de ello lo que quiera, la triste verdad del caso es que mis bellas lectoras se han visto obligadas, por espacio de una semana, á permanecer en casa sin adornar, con su presencia, las calles de la corte.

Yo lo he sentido en el alma. En otra ocasion he dicho que un mundo sin mujeres sería un

mundo á medias, y hoy pudiera añadir, por corolario á aquel teorema, que las calles de Madrid, sin madrileñas, mas que calles, parecen desiertos.

Comenzó la lluvia en día señalado, ó lo que es lo mismo, en el que celebra la Iglesia la festividad del Corpus, de modo que á un mismo tiempo iba la procesion por fuera y por dentro. Por fuera, la que salió de la Iglesia de Santa María; por dentro, la que andaba por el alma de los pollos de bajo vuelo que habian acudido á la carrera con objeto de repicar y andar en la procesion, como vulgarmente se dice.

Mas no fueron todos los madrileños los que se mojaron; algunos hubo, mas avisados ó mas temerosos, que, dejando la corte por pocos días, sentaron sus reales en la imperial Toledo.

Toledo, en materia de fiestas religiosas, es y ha sido siempre el pueblo modelo. La Semana Santa y el día del Corpus ofrecen á los naturales y á los viajeros el grave espectáculo de las ceremonias de la Iglesia, llevadas á su mayor extremo de magnificencia y de grandeza. El culto que las demás ciudades de España dedican á los misterios de nuestra religion, es en Toledo, mas que en ninguna otra parte, una de las grandes manifestaciones hechas por los católicos á la representacion de la idea divina; y si el tributo rendido á Dios parece siempre bien á los verdaderos cristianos, nada mas natural que éstos acudan á rezar á un pueblo donde aquel mismo tributo se rinde de una manera tan deslumbrante y majestuosa como el objeto, á que está dedicado, se merece.

Además, para los viajeros de afición, Toledo es un gran punto de descanso. Cada piedra es un recuerdo, cada arista un eco de glorias pasadas. La historia y la poesia tienen allí muchos altares. Desde San Juan de los Reyes hasta la Sinagoga de los judíos, no hay casa, ni templo, ni ruina, que no recuerde algo á los amantes del arte.

Por eso este año, como los anteriores, gran número de familias de Madrid ha acudido á hacer una visita de cumplido á la imperial ciudad, tesoro de tantas bellezas. Yo sé de alguna hechicera lectora mia, que huyendo por algunas horas del bullicio de la corte, ha dejado en Madrid una casa vacía y un corazón desierto.

Los Campos Elíseos continúan siendo el centro de reunion de las gentes *comm'il faut*. La ópera y los conciertos al aire libre, bien mere-

cen que el público se tome el trabajo de pasar los umbrales de la puerta de Alcalá y perderse en la oscuridad del camino que conduce á los Campos. El maestro Gaztambide, *cémbalo* en mano, dirige admirablemente la orquesta, y mientras los coristas lanzan al viento notas mas agudas que un artículo de Selgas, un pretendiente á marido dice al oído de una rubia, que la semana pasada era morena:

—¡Te adoro!

Y la víctima de este trabucazo responde:

—Dígamelo V. un poquito mas fuerte, que, con el ruido del violon, no se oye!

Voy á dar una noticia importantísima para los gastrónomos.

En la fonda de los Campos hay mesa redonda á las siete.

Perder una ocasion de comer bien y hacer ejercicio, sería un crimen.

Y propósito de crímenes. Nuevo renglon para mi revista.

El soldado Estéban Navarro, autor del doble asesinato cometido en un puesto avanzado de la guardia de Palacio, donde aquel estaba de centinela, ha sido capturado.

Parece que manifiesta una tranquilidad de ánimo increíble. Si no miente la fama, la noche misma en que fué hecho preso, tuvo la singular ocurrencia de dibujar en las paredes de su calabozo un patíbulo, y en él una figura, que debemos suponer sería, segun la intencion del dibujante, el retrato del mismo.

Eso se llama tomar las cosas con calma. Los franceses harian de este soldado una celebridad contemporánea.

Al nombrar á los franceses, no puedo menos de recordar lo que estos días he leído en varios periódicos de París y en algunos de España. Publicaré la noticia con permiso de mi carísimo amigo el ilustrado corresponsal de EL ANGEL DEL HOGAR. Arderius y su compañía de zarzuela han hecho furor en el teatro de Variedades de París. La primera representacion de la zarzuela *En las astas del toro*, ha valido á todos los artistas, que en ella han tomado parte, gran cosecha de aplausos. Esto me ha servido de singular placer; al fin y al cabo no siempre los franceses habian de permanecer en la manía de mirarnos por encima del hombro. Además, Arderius y los artistas que le acompañan, son acreedores á eso y á mucho mas.

Madame Salvi ha dado una gran caída desde el alambre al suelo, en Almagro. Siempre he

creído que el aire es un elemento perjudicial para vivir en él como en un cuarto cuarto. Ello podrá tener su poesía, no lo dudo; pero si aun las ilusiones son juguetes del viento, como ha dicho un poeta muy serio, ¿cómo no han de serlo las personas, aunque estas personas sepan correr por un alambre como una mosca?

Preciso es desengañarse de que, hoy por hoy, tan solo el pan es el que puede estar por las nubes.

Y aun en esto hay sus escepciones. Por ejemplo, el pan que comen los presos del Saladero debe habitar muy bajas regiones, supuesto que los pobres encarcelados no han podido comerlo la semana pasada, á causa de ciertos habitantes que diz que han encontrado entre la corteza y la miga.

¡Triste condicion es la de los desgraciados que á tales percances se ven espuestos!

Esta ha sido una noticia que habrá afligido á mas de una lectora. Ea, pues, serene V. el rostro, amiga mia, póngase V. la capotita ó el velo, y vámonos derechitos á los Jardinillos ó á la Fuente Castellana. Dispénsese V. si ando un poco distraído, pero me veo obligado á observar lo que sucede en el paseo, para referirlo en las columnas del ANGEL, dentro de ocho dias.

Eusebio Blasco.

MODAS.

Mi anterior revista fué solo de peinados, lectoras mias, y os prometí hablaros en breve de algunas graciosas novedades en trajes y confecciones, oferta que voy á cumplir.

Habreis advertido, que, en general, las revistas de modas son completamente traducidas del francés; pero traducidas de modo que resultan ininteligibles para los lectores.

No trato yo de negar mucha gracia é imaginacion á algunas cronistas francesas; pero tampoco se puede dejar de atribuirles un estilo ampuloso y recargado, adoptado por ellas para echar á volar las estravagancias que á veces recomiendan y que no lleva nadie, aunque aseguren lo contrario.

Ciertas fantasías que elogian, no existen mas que en su imaginacion, y vistas en la persona de cualquiera señora, serian de un monstruoso ridículo.

Vuestra amiga Pamela ha tratado con algunas modistas célebres de París y Lóndres: tiene algunos trajes cortados y hechos por ellas y las ha visto reirse de las revisteras de modas, oyéndoles decir que, en su mayor parte, las exageraciones que recomiendan, no existen mas que al extremo de su pluma.

Seis ó ocho verdaderos artistas de ambos sexos, son los que imponen las leyes de la moda al mundo entero: mejor dicho, ellos son la moda: voy á deciros cómo, porque he hablado quizá con el mas eminente: con Eloisa Leloir, que es la que dibuja los sencillos, poéticos y encantadores figurines que os dá *El Angel del Hogar*.

Eloisa vá una vez á la semana al bosque de Boloria, á las carreras de caballos, y á los teatros: en esta revista ve ejecutado lo que dibujó dos semanas antes, y que, despues de grabarlo, se repartió ya en figurines, y se adoptó por las modistas: toma notas sobre el terreno, corrige, mejora, inventa, con su esquisito buen gusto: vuelve á su casa, y dibuja nuevas figuras: al dia siguiente envía su dibujo al grabador, luego se ilumina y se distribuye aquel solo en varios periódicos de modas que circulan en Francia: *El Angel del Hogar* recibe su parte, que os dá: hé aquí la moda: es el capricho, es la imaginacion, es el gusto de Eloisa Leloir, que está reputada en París como una gran artista: yo tengo un figurin suyo autógrafo, que conservo como una cosa de muchísimo mérito.

La cuna de la moda es París: eso ya lo sabiais; pero no sabiais tal vez de qué modo nace, muere ó varia.

....

Jamás os diré yo, hablándoos de cinturones, que se llevan cerrados con un *bucle* de acero, oro ó nácar: *boucle* llaman los franceses á la hebilla: á la lanilla fina ó alpaca le llaman *mohair*; pero yo quiero llamar las cosas á la española, para que me entendais, puesto que no estais obligadas todas á saber francés.

Luisa de Nogarél, graciosa y espiritual revistera de un periódico de modas de París, me habla, en carta particular, de la boga que al-

canzan allí los trajes de cuerpos con aldetas y sin mangas:» nada—dice—es mas original que esta inovacion, sobre todo para trajes de interior un poco elegantes, trajes de comida para jovencitas, y para *toilettés* de pequeña *soirée* ó *thé*.»

«Esta moda necesita mas que nunca de elegantes cuerpos interiores: los últimos que he visto están hechos en muselina y nansouk mezclados, en lanilla muy fina ó en foulard, para trajes de casa; en tarlatana y tul para traje esmerado, y en tul mezclado con embutidos de encaje, para vestir de noche.»

Estas camisetas nos parecerán muy lindas si se hacen con gracia: pero se necesita cierto tacto, tacto esquisito en el corte, pues son prendas que no tienen medio, y que están ó muy elegantes ó muy desairadas, como todo aquello que confecciona el capricho.

Una jóven y encantadora amiga nuestra acaba de recibir de Paris un equipo de baños que le envia su madrina, y en el que descuellan algunos trajes sencillos y llenos de gracia.

Uno de ellos es de alpaca blanca, muy fina, y de dos faldas: la primera lleva á seis centímetros del borde una tira de glasé grana cubierta de un entredos de encaje negro.

La segunda, bastante larga, está guarnecida del mismo modo, y levantada en cada paño por medio de presillas de terciopelo grana, que se abrochan con un gran botón de nácar en forma de bola.

Un gran chaleco á lo Luis XV con aldetas y bolsillos guarnecidos del mismo modo que las faldas, y una casaquilla con aldetas que se abre mucho en el pecho, todo adornado por botones de nácar blanco en forma de bolas, hacen de este traje un modelo tan nuevo como distinguido, y le completa un sombrero de paja de arroz de copa redonda y hueca, rodeado de terciopelo grana, y adornado con un ramo de plumas del mismo color, del que parten unas bandas de gasa blanca que forman largo velo flotante.

Las botas son altas, negras, y abrochadas con cordones de seda encarnada que rematan en borlas tambien encarnadas.

Otro traje,—igualmente destinado á la estacion en Deva, Zarauz, ó San Juan de Luz,—es

de merino azul azulina con bordados de soutaché color de castaña claro mezclado con blanco, lo que es de un efecto delicioso: consta de una falda con guirnalda bordada: de otra que se abre en forma de túnica, y de una casaquilla húngara con las mangas abiertas, llevando otras debajo de muselina blanca; una gorra de paja belga, con plumas azules y color de castaña, y gran lazo con caidas detras, completa este traje.

Tales son, mis bellas lectoras, las novedades de que podemos hablaros: nos anuncian de Paris el envio de un figurin encantador, y de un libro que no lo es menos y que trata de los secretos del tocador: ambas cosas se han pedido para vosotras: el figurin le tendreis á la mayor brevedad: el libro, os lo traducirá en articulos para el ANGEL vuestra apasionada,

Pamela.

LAS ESPIGAS DE TRIGO.

Iba un dia un labrador á visitar sus campos para ver si estaba en sazon la cosecha.

Le acompañaba su hijo Luis.

—Mira, padre, dijo el muchacho sin experiencia, qué erguida y altiva tienen la cabeza algunas de las cañas del trigo: tal vez serán estas las mejores, y esas otras de su alrededor, que la bajan casi hasta la tierra, serán seguramente mas inferiores.

El labrador cogió algunas espigas y contestó:

—Observa bien, hijo mio: ¿ves estas espigas que con tanta altivez levantan la cabeza? Pues están enteramente vacías: por el contrario, estas otras que la doblan con tanta modestia, están llenas de hermosos granos.

Schmid.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.